

# **Autobiografía autorizada**

Neus Canyelles

Traducido del catalán por  
Concha Cardeñoso Sáenz de Miera

*a Maria Rosa*

«[...] porque la inconsciencia es el fundamento de la vida.  
El corazón, si pudiera pensar, pararía».

FERNANDO PESSOA

*Libro del desasosiego*

## PRÓLOGO

### En revisión permanente

Si ahora, por cualquier motivo, tuviera que escribir algo, no sé qué, ya no sabría cómo hacerlo. Me pasa algo, tampoco sé qué exactamente. Cada día me veo más marchita. A veces me miro desde un altozano y me veo muy pequeña allí abajo, sin contornos ni una forma que se pueda dibujar o delimitar. Y en realidad, todavía no soy vieja. Hay quien dice que ha empezado a vivir a los cincuenta. Mi madre me repite que no sabe qué va a ser de mí cuando llegue a los ochenta, cuando sea como ella y tenga el cuerpo lleno de magulladuras, de señales que revelan síntomas de enfermedades y de golpes producidos por el simple hecho de vivir. Y sé que tiene razón. Pero en algunos momentos el cuerpo me pesa mucho. Los pies no me llevan a ninguna parte —quizá porque no quiero ir a ninguna parte—, y las manos se han llenado de líneas, de heridas y de manchas. Pienso: ¿y si por dentro estoy igual? ¿Qué aspecto tendrá mi cuerpo por dentro, ahora que han desaparecido tantas funciones como tendría en el instante en que nací?

Cada día, cuando pienso absorba en estas cosas, mientras remuevo el zumo de piña y le doy los primeros mordiscos al

cruasán mirando las paredes de este café antiguo y oyendo a los camareros, que hablan del décimo premiado de ayer, me cuesta un poco más respirar. Después voy al lavabo a lavarme las manos, porque se me quedan pegajosas del cruasán, una sensación que siempre me ha molestado. Y luego vuelvo a mi mesa dispuesta a hojear algún periódico de los que no llegan a Palma y, cuando aún no lo he terminado, entra ella, una mujer extraña que tiene adjudicada su propia mesa, la de siempre, justo delante de la puerta. Es temprano y todavía hay poca gente en las Ramblas. No sé muy bien qué he venido a hacer aquí. A lo mejor he viajado en barco hasta este sitio para conocerla. Ya no quedan cafés como el Café de la Ópera. Ni aquí ni en ninguna parte. En mi isla tampoco. Ahora lo que tenemos son gastrobares de diseño en los que no se sabe muy bien lo que se come. Yo quiero un zumo de piña y un cruasán.

Llega ella, se sienta y ni siquiera tiene que pedir lo que quiere. El camarero más alto, el de las gafas de montura negra, se le acerca al instante y, sin decir palabra, le deja en la mesa un café con leche y una rebanada de pan con aceite. Ella ni se molesta en mirarlo. Tampoco le da los buenos días. Todos la conocen. Seguro que no es una clienta nueva, como yo. Empieza a remover el café con leche, y con la otra mano saca de una bolsa de plástico agujereada y arrugada y con agujeros —no puedo leer de qué supermercado es— unas cuantas revistas de moda. De lejos veo caras de modelos y de famosos, pero a saber de qué año son esas revistas. Es imposible verlo desde esta distancia. Las pone en la silla de al lado y, entre bocado y bocado, pasa las páginas y hace

algunos comentarios. Habla sola. Como si rezara una plegaria. Habla sola.

La veo de perfil. Tengo que dar un buen sorbo de zumo para no atragantarme. Esto me pasa porque tengo miedo. Pero no de que me haga nada, ni de que se vuelva y me grite. Ella ni se entera de que estoy aquí.

Lleva flequillo corto y media melena, sucia, un poco grasienta. Alborotada. No se sabe dónde está la raya. Tiene la cara congestionada, muy roja. Parece como si quisiera tapársela con el pelo. Y también se cubre con un abrigo gris oscuro, o tal vez negro, apelmazado, de esos que se llenan de bolitas. Estamos en marzo, pero todavía hace frío. No sé dónde lo guardará cuando llegue la primavera. Y mientras tanto, sigue pasando las páginas de la revista y hablando sola. No se le ven marcas en la piel gracias al pelo y al abrigo, pero seguro que tiene muchas. Y aún más por dentro. Esta mujer me da miedo. Me da pánico. De momento todavía no soy yo. Se ve claramente: no comemos lo mismo. Tampoco compro las revistas que hojea y a mí me gusta llevar el pelo limpio y bien peinado. Aunque, eso sí, yo también tengo marcas en los brazos y en las muñecas. Y alguna vez me he pillado murmurando palabras que no se dirigían a nadie. Pensamientos en voz alta, me digo. Pero en realidad no lo sé. Solo sé que esta mujer un día fue una recién nacida y quizá la alegría de la casa. Una niñita a la que su madre dormía meciéndola y cantándole canciones en voz muy baja, y que le prometía cosas. Como la mía. Y si es así, ¿no seré yo, esa mujer? A veces también hablo sola. Y me siento en las mesas de los cafés sola, detrás de la puerta o junto a la

ventana, para ver pasar la vida ante mis ojos. En vez de revistas llevo libros. Solo libros extraordinarios. Cada vez puedo con menos. Pero no digo cuáles son porque aquí los camareros se hacen los simpáticos y, si cogen confianza, pueden resultar un poco cotillas.

—¿Lo mismo de siempre? —han empezado a preguntarme hace unos días, al ver que vengo todas las mañanas.

Y les digo que sí. Y antes de que llegue ella, aproximadamente un cuarto de hora después que yo, todos sacan sus décimos y sus cupones y empiezan a comprobar en el periódico si han ganado.

—¡Hostia, qué mala suerte! —exclama el más joven, que lleva un pendiente largo que se balancea en la oreja cada vez que blasfema.

El alto dice que solo por una cifra no le ha tocado nada. Y otro, que es andaluz, cada día se caga en la puta que parió a la lotería. Después cojo un periódico de los que hay en las mesas y, sin haberme dado cuenta de cuándo ha entrado, la veo en su sitio, rodeada de bolsas que —no hay otra forma de decirlo— son asquerosas. La vida es maravillosa. Cada día empieza con un buen desayuno.

Aunque he estado muchas veces en Barcelona, todavía no la conozco lo suficiente y no la domino. No domino ninguna ciudad. He viajado muy poco y sé que soy una mujer provinciana y que me cuesta mucho orientarme en cualquier población grande, con tantas calles de tantos tamaños, que a mí me parecen todas iguales. Esta ciudad me gusta mucho y me encuentro como en casa. O quizá exagero. Como en

casa no. Como en casa no. Pero mientras los taxis me llevan de un sitio a otro —ahora mismo sería incapaz de coger el metro sin que alguien me enseñara antes, porque en mi isla no hay— puedo alzar la vista y mirar un poco los edificios y los balcones y afirmar decididamente que esta ciudad es muy elegante. La luz de Barcelona es muy parecida a la de mi isla, tal vez porque las baña el mismo mar, pero son diferentes en todo lo demás; en mi isla el mar acecha por todas partes, mientras que aquí siempre hay una escapatoria. Por eso la gente también es distinta.

De todas maneras, me gusta experimentar un rato esta sensación de perderme. Unos días. Digamos que dos o tres. Después ya tengo que volver a casa. Necesito saber dónde estoy.

Siempre que me invitan aquí es para presentar un libro o para hablar de mis cuentos. Hacer estas cosas (las dos) me da vergüenza. Pero ahora la vida de un escritor consiste en una serie de compromisos que no se pueden rechazar, y de pronto te encuentras respondiendo a cualquier pregunta inimaginable y leyendo comentarios rarísimos sobre lo que está impreso en tu libro de relatos. Por ejemplo, puedes escribir una novela sencilla sin ningún tipo de mensaje y descubrir en el periódico que lo que has hecho es un libro de autoayuda. Realmente, se aprenden muchas cosas que no sabías de ti. Pero al final todavía tiene gracia la cosa. En realidad habría preferido nacer un siglo antes. Ya sé que me faltarían la lavadora y el microondas, pero no tendría que aguantar estas campañas de promoción.



La última vez que vine a Barcelona me habían invitado a unas charlas de narradores. «El yo y el contexto», se titulaban las sesiones. Como soy una narradora del yo, no tardaron mucho en ponerse en contacto conmigo para que me explicara. Escribir unas cuantas páginas sobre este tema no me supone ningún esfuerzo. Me lo sé de memoria. Por eso, en cuanto dejé la maleta en el hotel, tenía mucho tiempo libre entre ponencia y ponencia. El hotel estaba en Vía Laietana, una de las pocas calles que ahora conozco, por eso es mi preferida. Creo que ya puedo situarla en el plano. El hotel era muy cómodo: de ciudad, en un edificio antiguo reformado. La primera vez que me alojé allí todavía conservaba todas las características del edificio original, como las barandillas de las escaleras, las puertas y algunos muebles preciosos. Esta última vez había sufrido una transformación adecuada al diseño minimalista y moderno y me dieron una habitación con una enorme bañera redonda que llené de espuma hasta arriba. Como en las películas. Mi vida es muy sencilla, como debe de haber notado cualquier lector despierto y observador del yo, pero a lo mejor no lo parece. Es porque, cuando me pasa algo un poco raro, lo anoto al momento en una libretita que llevo siempre en el bolso, y después lo convierto en un cuento. Aquel día, por ejemplo, mientras estaba en la bañera y soplabla las burbujas, entró un hombre que se había equivocado de habitación, se quitó el albornoz que llevaba puesto y se quedó desnudo delante de mí con cara de asombro. De pronto, se tapó la boca con las manos. ¡Ay, perdone!, dijo. Me pareció un poco raro que no se pusiera

las manos en otro sitio. Pero no tuve tiempo de decirle nada. Salió corriendo y luego oí el golpe seco de la puerta.

Cuando vuelva a casa, a la isla, convertiré estas notas en un cuento, y quizá, dentro de unos meses, venga aquí otra vez, si me invitan de nuevo. Aquí siempre se encuentra algún sitio por el que escaparse, como ya he dicho.

Antes escribía con mucha facilidad. Me llamaban de la redacción del periódico a cualquier hora y me proponían una crónica sobre lo que fuera. Por ejemplo, me preguntaban si podía ir a una manifestación. Pongamos la del 8 de marzo. A mí nunca me ha gustado ir a las manifestaciones, a ninguna. Las multitudes no me resultan simpáticas, y después de haber leído *Les Multitudes*, de Raimon Casellas, cuando era más joven, todavía menos. Cerré esa cuestión para siempre sin ningún reparo. Pero el trabajo era el trabajo. Por eso yo me presentaba en la manifestación y recorría las aceras de un lado a otro fijándome siempre en todos los detalles que pensaba que nadie más veía. Y encontraba muchos. Los apuntaba, con una letra que no se parecía nada a la mía de verdad, en una libreta —hoy una, al día siguiente otra, nunca he sabido guardar un orden, ni haciendo de reportera o de cronista ni de nada— y, cuando ya tenía suficiente, volvía a casa y me ponía a escribir. Recuerdo un artículo sobre una manifestación del Día de la Mujer Trabajadora —ahora se llama solamente el Día de la Mujer, me parece— que le gustó mucho a la redactora jefa. Empezaba así: «Como decía mi abuela, quien no está acostumbrado a ir a la iglesia, en el pórtico se arrodilla». Solo tenía una hora

para mandarlo a la redacción. Esa presión me encantaba. Agradecía tener esa obligación. Escribir contra reloj. Probablemente el esfuerzo me dejaba alguna señal por dentro. No sé: un capilar que se abría más de la cuenta, un pelo que se caía del cuero cabelludo o una acumulación extraordinaria de sangre en algunas partes del cuerpo. Me daba igual. Se me olvidaba que tenía que cenar. Que éramos una familia y que había que cenar. Pero no me recordaba la conciencia.

En aquellos tiempos las mujeres solo se quejaban de no tener los mismos derechos que los hombres. Pedían lo que les pertenecía por derecho: autonomía, libertad e igualdad en todos los ámbitos. Recuerdo que reivindicaban la conciliación de la vida doméstica y la laboral. No sé cuántos años han pasado. Depende. Pueden ser muchos o pocos. Ahora hasta les molesta que les cedan el asiento en el autobús. No creen en el amor. Cantan canciones en las que dicen que las personas no deben necesitarse, como si eso fuera un crimen. Entonces, ¿qué hago yo aquí sentada cada mañana en el mismo café, intentando ordenar las ideas para poder contar una historia de amor inexplicable? ¿Por qué no le pido al camarero que me traiga un vaso lleno de lejía y un poco de sacarina y, si no es molestia, el cruasán? Por lo visto no aprendí bien la lección el día que nos explicaron lo de los trovadores. Ah, no, que aquel día no fui a la escuela. La escuela no me gustaba nada. Pero no quiero desviarme de la historia, porque tengo cajones repletos de artículos y crónicas y reportajes. Y era de eso de lo que quería hablar. Y qué más quisiera yo que tener otros tantos llenos a rebosar. Y es que lo que realmente me gustaría, más que cualquier

otra cosa en el mundo, es tener un editor o un agente o un director de periódico que me quisiera tanto como Walter Burns a Hildy Johnson en *Primera plana*. Que fuera capaz de tratarme de ladrona y de castigarme sin luna de miel y de arruinar mi matrimonio para que no me perdiera. A cambio, yo —cobrando lo suficiente para no tener que sufrir nunca más por no poder pagar las facturas y para poder salir a cenar fuera de casa siempre que quisiera—, escribiría las veinticuatro horas del día, si hiciera falta. Sería la gloria. Sin embargo, sé que, por el contrario, voy a tener que parar un día de estos. Esta cabeza mía no coordina. ¿Se dice así? Por la mañana tomo una pastilla para espabilarme, para levantarme, por decirlo de otra manera. Para poder abrir las persianas, ver si llueve o hace sol, ver cómo están mis queridas plantas y, si es el caso, salir a recoger las hojas de la calle o los plásticos que trae el viento. Como mi casa está encajonada entre dos edificios altos, todo viene a parar a mi puerta. Es como un desagüe. A mí ya me da completamente igual, porque una se acostumbra a todo. Eso es, ya me he acostumbrado: he tenido que recoger puñados de colillas, trozos de cebolla cortada, sobras de comida (pizza, carne rebozada) y marañas de pelo. Aunque tengo que confesar que antes me daba mucho asco. Tuve que comprarme unos guantes de látex de un solo uso para poder coger esa basura con las manos. Supongo que conviene cambiar de tema, porque este empieza a ponerse desagradable Y, en realidad, estoy encantada con mi terraza y con mi casa. Pero me gustaría un poco más si se viera el mar desde dentro de casa. Considero un poco tonto vivir en una isla y pasar días y días sin

verlo. Es tan tonto y ridículo como pasarse la vida escondiendo el amor. Dicen que eso es lo único que no se puede esconder; que se nota mucho cuando uno experimenta la felicidad del amor. Puedo demostrar que es mentira. Ya he dicho que una se acostumbra a todo. Y que «cuando uno no está acostumbrado a ir a la iglesia, en el pórtico se arrodilla», pero basta con haber ido una vez para saber que se entra por el pórtico y que es entonces, dentro, cuando uno debe arrodillarse.

Por la noche, en cambio, tengo insomnio. No me iría nunca a la cama. Puedo escribir hasta las cinco de la madrugada si me da un arrebató de esos que no me dejan parar. Me voy emocionando, es como una locura, y la cabeza va mucho más deprisa que las manos en el teclado. El médico me ha recetado un relajante muscular —una pastillita redonda de color naranja— que, en principio, debe tranquilizarme y dormirme. Pero hay días que no funciona tan bien como desearía. ¿No es gracioso? Mi ritmo natural se ha desbaratado por completo. Una pastilla para dormir. Una pastilla para levantarme. A ver cómo me las arreglo ahora para volver a ser como antes. Dónde me voy a arrodillar.

Todavía no he conseguido aclarar si esa mujer paga o si la invitan al desayuno. No veo que saque monedas de ninguna parte. No las lleva en la bolsa del supermercado ni en los bolsillos del abrigo. Sospecho que aquí hacen una obra de caridad. Lo cierto es que da la impresión de que no tiene buena salud. Y hacer una obra de misericordia con una persona como esta dice mucho de la bondad humana en estos

tiempos que vivimos. Por lo menos empieza el día con una buena comida y un poco de atención por parte de estos hombres, aunque con ella no son nada simpáticos.

Me pregunto dónde vivirá. Supongo que en un albergue. Últimamente en esta capital proliferan los dormitorios improvisados en portales o en entradas de tiendas y almacenes. El otro día en las Ramblas vi a un hippie que pedía limosna. Estaba sentado en el suelo y tenía unos vasos de plástico. En cada uno estaba escrito en inglés el nombre de la cosa a la cual pensaba destinar el dinero que la gente dejara: *food*, *beer*, *weed*, *LSD*. Es mucho mejor ser sincero, realmente. Sin sorpresas. Así al día siguiente no te asustas tanto si te lo encuentras muerto detrás de la fila de vasos. Me fijé especialmente porque me gusta leerlo todo, mirarlo bien, por si algún día se me ocurre escribir algún artículo o ponerlo en algún texto. Y sí, allí decía *weed* y *LSD*. Reconozco que soy observadora y que a menudo me decían que en los artículos trataba cosas que a los demás les pasaban desapercibidas. Mis artículos solían ser un poco literarios. Irónicos, pero no indescifrables. Siempre me ha gustado escribir sobre las cosas que me molestan. Esas por las que la gente te advierte: cuidado con dónde te metes... Siempre me arriesgo algo. Bueno, demasiado, según los pocos que me conocen de verdad. No contestes. Calla. No hagas caso. No te metas. Si no quieres polvo, no vayas a la era. En nuestra casa nunca ha habido era. Y si la hubiera habido, mi padre —que siempre tiene miedo de todo— nos habría obligado a mudarnos de casa.

Sin embargo, lo que yo quería contar es que la mujer del Café de la Ópera pasa aquí casi una hora, entre el desayuno y la lectura de revistas. Después, lentamente, se levanta de la silla. Se tambalea un poco, como si no le conviniera estar sentada tanto tiempo, y se agacha unos centímetros para coger la bolsa de revistas. Luego, ni siquiera se vuelve para despedirse. Murmura algo así como «bueno, hasta mañana», y sale a pasitos muy cortos, siempre hacia la derecha.

Me encantaría saber adónde va. A veces pienso que no volveré a verla nunca más. Que se perderá o se caerá. Que alguna vez la cogerá la policía y se la llevará a un lugar en el que pueda vivir bien atendida. ¿Cómo puede soportar esa rutina tan horrorosa?

Hoy, justo cuando se ha ido del café, ha salido la cocinera con un cubo lleno de lejía y una bayeta. Ha desinfectado perfectamente toda la mesita, el mármol, la silla y las patas de hierro. Luego ha vuelto con un trapo y lo ha secado todo. Ha echado un poco de ambientador de coco por todo el local y al cabo de unos minutos el café ha empezado a oler muy bien. Es que esa mujer no se lava la cabeza ni se pone colonia y no debería entrar así en determinados locales públicos. Por lo menos debería ocuparse de su higiene personal. La cocinera ha comprado ambientador *quitaolores*<sup>1</sup> en el súper y lo ha esparcido por el suelo.

1 Se reflejan en cursiva las palabras o frases que aparecen en castellano en el original. [Todas las notas son de la traductora].

El psiquiatra me dijo: lo que te pasa es que esperas tanto de los demás que, cuando la cosa no sale a tu gusto, te llevas una decepción enorme. Las personas como tú llegan incluso a enfermar. Y los demás no se dan cuenta; no lo hacen por maldad, es que ni siquiera se les ocurre que tengan que hacer algo. Ya, le contesté yo. Es verdad. Eso es lo que me pasa. Vivo esperando que sucedan cosas que dependen de los que me rodean, pero luego no suceden. Puedo estar años esperando. Pero no sale de ellos. No sale. No.

Por ejemplo, hace veinte años que espero tener mi propia sección en las páginas principales de un periódico. He publicado algunos artículos, pero pocos. Temporadas breves, sustituciones. El presupuesto no da para más... Yo pensaba que, si lo hacía bien, no tendría que pedir que me prestaran más atención. Ya lo he dicho antes. Sí, eso de la *Primera plana*. Lo he hecho bien. He recibido alguna felicitación... Pero, en el fondo, ¿le importo a alguien? Claro que no. En el fondo, un periódico no es más que una «caja vacía», como decía Sánchez Ferlosio: «¿Qué mayor prueba de que el futuro está ya escrito que la del periódico de cada mañana? ¿Cómo, si no, podrían pasar todos los días exactamente 32 páginas de cosas?».

Y, sin embargo, todos los días había largas colas de individuos delante de la puerta del director ofreciéndose a colaborar, rogándose casi de rodillas. Siempre he sido muy orgullosa. Pensaba que me lo merecía por mi trabajo de veinte años. Por mi oficio. Y el psiquiatra se rio de mí. No esperes nada de nadie, me dijo. Hacía dos semanas que había dejado el periódico.